

Enero de 2019.

Mi maravilloso viaje a Senegal

Mi viaje a Senegal fue una experiencia inolvidable. Viajó para allá una Teresa, y volvió otra con nuevos valores, nuevos amigos y un nuevo y enorme amor hace un país hasta entonces desconocido.

Lo cierto es que iba sin expectativa creada. Conocía de Toukar lo que leí en el Manual del Voluntario y lo que me había contado Rafael cuando le contacté interesada en realizar allí el voluntariado. Mis días en el pueblo, con ellos, con los niños, con los vecinos y las familias, rodeados de baobabs, superaron de todos modos cualquier expectativa con la que pudiese haber llegado.

Volé desde Madrid a Dakar con mi novio para colaborar como voluntaria en el colegio, ayudando al Sr. Daddy como profesora de español de niños de entre 12 y 16 años. Unos días más tarde se unió también mi hermana, que no quería perderse semejante experiencia.

Pablo fue quien vino a recogernos junto con un compañero/amigo al que llamamos Taxi-Man. Nos acompañó a cambiar dinero y a hacernos una tarjeta para el móvil nada más llegar al aeropuerto. Y, una vez lo tuvimos todo, pusimos rumbo a Toukar. ¡Qué buen viaje! De camino paramos en una ciudad llamada Mbur a comprar agua y alguna otra cosa en Auchan. Llegamos a Toukar a media mañana, directos a conocer a nuestra nueva familia para los siguientes días.

Una vez instalados, le dimos a Pablo toda la ropa que habíamos llevado en cuatro maletas para la gente de allí. Lo repartimos todo en bolsas individuales haciendo packs, para poder dar una bolsa por persona (organizamos packs tipo: camiseta+pantalón / falda+jersey / chandal completo / pantalón + polo, y así sucesivamente). Después fuimos a conocer el colegio y a entregar también allí el material escolar que llevábamos. Una vez instalados y ubicados en el Toukar, Pablo nos llevó directos al bar de Rober, donde nos esperaban los que se convertirían en nuestros nuevos amigos locales con una cerveza Gazelle bien fría. Todos felices de conocernos.

Nos habían hecho un huequito en una familia toukaresa maravillosa. Dos grandes mujeres, cuatro niños y un hombre la conforman. Todos los días durante nuestra estancia comimos y cenamos con ellos. Couscous con verduras y pescado o fideuá con carne, todo siempre con un toque picantón, nos cocinaba Aggi cada día para comer todos en familia alrededor del cuenco. Según el día éramos 8, 10 o 12 a comer, no importa, siempre hay un hueco para el que venga a comer en esta familia.

El desayuno lo hacíamos fuera. Siempre hay mujeres vendiendo su maravilloso café especiado, y pan con pasta de atún o de guisantes. Un par de días incluso repetimos desayuno, ¡qué rico!

Nuestra labor como voluntarios fue apoyar con las clases de español en el colegio. Todos los alumnos estudian español, y los profesores lo imparten con un amor increíble. Enseñamos y aprendimos varias canciones, recetas de cocina (su favorita, la tortilla de patatas, ¡incluso hicimos una!). ¡Qué bonito poder apoyar a unos profesores que enseñan con tanto amor! Pero sobre todo, qué bonito poder aprender de ellos y con ellos.

A los niños, por su parte, les encanta recibir a personas de fuera. Mentes inquietas con muchas preguntas que hacer. La verdad es que no quería despedirme el último día de clase. De hecho, mi hermana y yo dijimos hasta pronto, y no adiós. Estamos seguras de que volveremos.

Las clases solo son por la mañana, o sea que por las tardes hacíamos vida normal en Toukar. Tiempo con la familia, ir a la compra a la tienda de los mauritanos, caminar a los pueblos vecinos por el precioso camino lleno de baobabs viendo el atardecer, jugar a las cartas en el bar de Leo (se convirtió en nuestro plan favorito, ¡cuántas risas!) y hablar, mucho mucho y con todo el mundo practicando un peu de français.

Pablo, sin duda una de las mejores personas que hemos conocido en el mundo. Se respira paz a su lado, se puede hablar con él de cualquier tema y se vive a un ritmo mucho más tranquilo del que tenemos en Madrid, es una persona mágica.

Nuestro último fin de semana antes de volver a Madrid, viajamos a conocer Dakar y el Lago Rosa. Viajamos en el autobús público desde Toukar y nos acompañaron Pablo y Leo. En Dakar, hicimos turismo por la ciudad, subimos a un mirador para verla desde el punto más alto y visitamos la Isla de Goreé (punto desde el que salían los barcos con esclavos negros hacia América). En el Lago Rosa vimos uno de los atardeceres más bonitos del mundo, bailamos alrededor del fuego a ritmo de timbales, recorrimos las dunas de París-Dakar en camión 4x4 y jugamos nuestra última partida de cartas todos juntos.

Sin duda, volveré, una experiencia inolvidable como decía al principio. En Senegal se respira un aire especial. Su gente transmite tanto que, una vez que vuelves a casa, sabes que un trocito de ellos ha venido contigo, y un trocito de ti, se ha quedado allí con ellos.

Teresa